



## Re-flexionar la escritura en la academia: el giro feminista

### Reflecting on Writing in Academia: The Feminist Turn

Virginia Tatiana Abello\*

Recibido: 31/07/2024 | Aceptado: 01/12/2024

#### Resumen

En el cruce entre crítica cultural y estudios de género, Sylvia Molloy (2002) propone releer al texto cultural latinoamericano articulando una *reflexión* acerca del género y a la vez una *re-flexión* en el sentido de desvío. Esta *re-flexión* nos permitiría realizar lecturas *llamativas*, en el doble sentido de escandalosas e interpeladoras, que logren fisurar las lecturas establecidas. A partir de esta idea, me propongo realizar una indagación no sobre las lecturas realizadas al texto cultural latinoamericano, sino sobre las escrituras que hacemos desde la crítica literaria académica feminista. Para ello, analizo las publicaciones de una revista académica argentina de estudios de género, *Zona Franca*, más específicamente aquellas aparecidas en el dossier "Huellas feministas. Escrituras, imágenes y archivos" (2020). Rastreo en los textos operaciones discursivas *llamativas* que den cuenta de un giro en la forma de escribir el conocimiento y sostengo que no se trata de un capricho, sino que el empleo de estas formas de escritura *llamativas* se fundamenta en los valiosos aportes de las epistemologías feministas a la práctica científica. En el artículo, detallo cómo las flexiones en la escritura académica se corresponden con la idea de saberes situados o conocimiento encarnado, con la necesidad de entramar una genealogía intelectual feminista y visibilizar la autoría de mujeres en la academia, con la posibilidad de un pensamiento nómade que plante cara a visiones dualistas y falocéntricas y con la crítica del androcentrismo lingüístico.

**Palabras clave:** Escritura Académica, Estudios de Género, Operaciones Discursivas, Epistemologías Feministas.

#### Abstract

In the intersection of cultural criticism and gender studies, Sylvia Molloy (2002) proposes re-reading the Latin American cultural text by articulating both a reflection on gender and a re-flexion in the sense of detour. This re-flexion would allow us to perform striking (*llamativas*) readings, in the double sense of scandalous and questioning, able to crack established

\* Argentina. Licenciada en Lengua y Literatura por la Universidad Nacional de Río Cuarto. Maestranda en Estudios Feministas por la Universidad Nacional de Cuyo. Profesora en Institutos de Formación Docente de la provincia de Córdoba. E-mail: virginiaabello13@gmail.com

interpretations. Based on this idea, I aim to inquire not into the readings, but into the writings we produce from feminist academic literary criticism. To this end, I analyze publications from an Argentine academic journal of gender studies, *Zona Franca*, published in the dossier “Feminist Traces: Writings, Images, and Archives” (2020). I trace striking discursive operations in the texts that indicate a shift in the way knowledge is written and argue that this is not a whim, but that the use of these striking forms of writing is grounded in the valuable contributions of feminist epistemologies to scientific practice. In the article, I detail how detours in academic writing correspond with the idea of situated knowledges or embodied knowledge, with the need to weave an intellectual feminist genealogy and make women’s authorship visible in academia, with the possibility of a nomadic thought that confronts dualistic and phallogocentric visions, and with the critique of linguistic androcentrism.

**Keywords:** Academic Writing, Gender Studies, Discursive Operations, Feminist Epistemologies.

## Apertura

Volver a encontrarme con Sylvia Molloy en la conversación diferida a través de las lecturas y las escrituras ha sido como reencontrarme con una vieja amiga o, como suelo decir a veces desde múltiples guiños<sup>1</sup>, con una pensadora de compañía que completa mi palabra. Agradecida por ello. Molloy fue docente, editora y escritora, con un pie en la academia norteamericana y el otro en su país natal, Argentina. Su obra literaria es extensa y variada. Desde su primera novela, *En breve cárcel* (1981), en la que aborda como tema el amor lesbiano, a sus últimos libros: *Vivir entre lenguas* (2016) y el póstumo *Animalia* (2022), suele destacarse el cruce entre ficción y autobiografía o, como se dice ahora, la autoficción. Molloy también es reconocida por su extensa producción académica. Ha realizado valiosos aportes tanto al estudio de la literatura hispanoamericana (abordajes de la obra de Borges, de Pizarnik, de Silvina Ocampo, entre otros) como a los estudios de género.

En este cruce entre estudios de género y crítica literaria hispanoamericana, me pareció especialmente interesante la propuesta que esboza la autora en un artículo de 2002 titulado “La flexión del género en el texto cultural latinoamericano”. Allí realiza una lectura *desviada* de la crónica de viaje sarmientina *Viajes por Europa, África y América 1845-1847* [1849], específicamente de una de las cartas, la que relata lo acontecido en la isla de Más-afuera. En ese relato, Sarmiento cuenta que se encontraron con cuatro naufragos

<sup>1</sup> Paula Fleisner, en el marco de las VII Jornadas de Filosofía de la Cultura (2020) del Centro de Estudios de Filosofía de la Cultura, se refirió a distintas filósofas con las que suele pensar como “filósofas de compañía”, provocando ecos con el libro *The Companion Species Manifesto: Dogs, People, and Significant Otherness* (2003) de Donna Haraway, pero también invirtiendo al modo queer el sentido de la expresión peyorativa *dama de compañía*. Nadia Martín, de quien extraigo esta mención, además apunta: “Compañerxs, del latín *cumpanis*, con-pan: aquellxs con lxs que compartiría la mesa, con lxs que repartiría el pan y a lxs que confiaría las tareas del pensar y del contar historias que se despliegan en la sobremesa. Aquellxs con lxs que comparto un mismo apetito, una misma curiosidad” (2021: 34). *Pensadoras de compañía* serían aquellas autoras con las que elijo enredar mis pensamientos y que provocan en mí despliegues de ideas insospechadas. Se trata de otra forma de concebir la autoridad epistémica y la cita de la palabra ajena.

masculinos<sup>2</sup> que habitaban en la isla desde hacía dos años en feudos “domésticos, cuya causa no quisimos conocer” (Sarmiento en Molloy, 2002: 162). La evidente homosociedad que lee Molloy en la anécdota forma parte de lo que no se quiere conocer, lo que se oculta, lo que se niega. Este *no querer conocer* plantea de género resulta emblemático del tipo de lectura que ha predominado en el texto cultural latinoamericano. “...un tipo de lectura que perpetuamente desplaza el debate sobre el género y sobre la crisis de representación del género al más afuera de los proyectos de cultura nacional” (164), sostiene Molloy. No es casualidad que la isla donde el género se desborda lleva el nombre de *Más-afuera* en el relato sarmientino. Justamente, es lo que no entra, lo que no puede nombrarse ni clasificarse ni pensarse, mucho menos entenderse.

Tradicionalmente, el género como categoría de análisis no ha sido tomado en cuenta o respetado por parte de la crítica. El trabajo de archivo que implica rescatar textos olvidados que permitan pensar a partir del género es un punto de partida indispensable. Sin embargo, lo que la autora propone fuertemente en este artículo es mirar al texto cultural latinoamericano desde una *reflexión* a partir del género y a su vez una *re-flexión* en el sentido de desvío o torcimiento de la mirada. Se trata de hacer otras lecturas a los textos canónicos, lecturas desviadas, torcidas, que permitan el debate del género. Molloy propone como ejercicio crítico realizar lecturas *llamativas*, entendiendo *llamativa* “en el doble sentido de este término, es decir, notable, escandalosa si se quiere, y a la vez eficazmente interpeladora” (166). Esta es la idea que inspira la siguiente pesquisa.

A partir de allí, pero desviándome a su vez, propongo que pensemos no en lecturas sino en las escrituras que se hacen desde la crítica cultural latinoamericana, más específicamente, desde la crítica literaria en su cruce con los estudios de género. Me interesa que nos preguntemos qué *re-flexiones* escriturarias aparecen en los textos de crítica literaria cuando hablan *a partir* del género. En otras palabras, qué desvíos o torcimientos, qué formas *llamativas*, escandalosas e interpeladoras emergen en la escritura de la crítica cuando se mira desde los lentes del género. Como la crítica literaria es una práctica de conocimiento, me atrevo a pensar que dichas formas discursivas llamativas pueden tener relación con maneras de concebir el conocimiento y la práctica científica. De hecho, esa es la hipótesis que sostiene este trabajo: que las *re-flexiones* o torcimientos de escritura del conocimiento en la crítica literaria realizada a partir del género están coherentemente relacionadas con postulados de las epistemologías feministas.

Dos aclaraciones necesarias en este punto. En primer lugar, como la hipótesis del trabajo está vinculada a las formas de concebir el conocimiento, voy a circunscribir mi estudio a la crítica literaria específicamente académica, o sea, surgida y legitimada por instituciones privilegiadas del saber-poder. En segundo lugar, más que hablar de estudios de género, como hace Molloy, voy a emplear el criterio de estudios *feministas* o investigaciones *feministas* por dos razones. Primero, porque la etiqueta *estudios de género* ha sido absorbida e higienizada por la academia del Norte suavizando de algún modo lo que tienen de dinámico y disruptivo las teorías *queer*. Frente al *género*, en la calificación de *feminista* aún persiste la fuerza política del desacato. Quiero decir: no es una palabra inocua, que pueda decirse en cualquier contexto; sigue siendo provocadora.

---

<sup>2</sup> No resulta una redundancia la aclaración de género en este caso. No sería necesaria si no fuera por el confuso masculino genérico de las herencias androcéntricas de nuestra lengua.

*Género*, pareciera que ya no lo es tanto.<sup>3</sup> Segundo, prefiero circunscribir el recorte a textos surgidos a partir de investigaciones *feministas* para asegurarme de que su enfoque sigue los supuestos de las epistemologías feministas y poder observar un vínculo posible entre las formas llamativas de escritura y los fundamentos epistemológicos de la investigación que sostiene esa escritura.

Para llevar adelante esta investigación y responder parcialmente el interrogante planteado, seleccioné un corpus de siete publicaciones aparecidas en la revista académica *Zona Franca. Revista de Estudios de Género* de la Universidad Nacional de Rosario. Participan de la edición de esta revista el Centro de Estudios Interdisciplinarios sobre Mujeres (CEIM) y la Maestría “Poder y Sociedad desde la problemática de Género”. Elegí un dossier del año 2020 titulado “Huellas feministas. Escrituras, imágenes y archivos” y publicado en el n° 28 de la revista. El criterio de la conformación del corpus fue la selección estratégica de casos (Valles, 1999), ya que, por el tipo de revista y la temática del dossier, era posible pensar que nos encontraríamos con artículos que dieran cuenta de investigaciones feministas que abordan temas de literatura. Los artículos fueron estudiados a través de técnicas de análisis del discurso en pos de identificar operaciones discursivas (Verón, 1993) recurrentes que pudieran leerse como huellas de supuestos de las epistemologías feministas.

A continuación, el texto se divide en dos partes. Primeramente, reseño algunos supuestos de las epistemologías feministas, sobre todo aquellos que pueden conectarse con operaciones discursivas identificadas en los textos analizados. Luego, desarrollo y ejemplifico cuatro operaciones *llamativas*, en el sentido de provocadoras e interpeladoras, que aparecieron de forma más o menos recurrente en los textos y que dan cuenta de una fuerte vinculación con los postulados de las epistemologías feministas: construcción de una figura autoral situada, entramado de una intertextualidad feminista en función genealógica, exploración de una escritura nómade y cuestionamiento del androcentrismo lingüístico.

## Epistemologías feministas

### *Algunos supuestos compartidos*

Muchas son las corrientes del pensamiento feminista acerca del conocimiento y acalorada la discusión y el desacuerdo en algunos puntos. Intentaré desarrollar algunos acuerdos. Uno de los principales cuestionamientos que se le ha realizado a la ciencia por parte de los feminismos ha sido la exclusión de las mujeres del hacer científico. Para la filósofa argentina Diana Maffía (2007), esto tuvo una doble consecuencia: por un lado, produjo una mayor invisibilización y opresión de las mujeres por no participar de las comunidades de poder y legitimación; por otro, se extirparon del hacer científico todas

---

<sup>3</sup> Si bien fue muy potente para los feminismos el paso de los estudios de la Mujer (como una entidad universal y ahistórica) a los estudios de género (que contempla multiplicidad de sujetos desde una mirada relacional y situada) (Cangiano y Dubois, 1993), en el último tiempo la categoría *género* ha sido absorbida por multiplicidad de discursos, sobre todo hegemónicos, haciéndole perder su fuerza política. Creo que el desplazamiento del género a los estudios feministas es una bandera que hay que sostener.

las cualidades consideradas “femeninas”<sup>4</sup> (subjetividad, sensibilidad, singularidad, narratividad), hasta el punto de considerarlas obstáculos en la búsqueda de la verdad universal, objetiva y neutral que perseguía la ciencia moderna. La autora advierte sobre no circunscribir el activismo feminista epistemológico a recuperar las biografías de aquellas mujeres liberales que lograron hacer aportes a la ciencia masculina, ya que estas mujeres se presentan como “casos excepcionales” y refuerzan con su ejemplo el *statu quo*. Invita a reflexionar más vale en esa otra práctica científica, de cualidades supuestamente “femeninas”, que fue históricamente deslegitimada.

Previo a Maffía y desde un centro del poder científico, la filósofa estadounidense Sandra Harding (1998), una de las referentes de las epistemologías del punto de vista, advierte también sobre que el problema no radica sólo en la sumatoria o agregado de mujeres, sino en repensar otra forma de hacer ciencia que pueda albergar a las mujeres y sus problemáticas. Como rasgos de una posible metodología feminista, Harding destaca la emergencia de nuevos recursos empíricos y teóricos (la experiencia de las mujeres y lo que han pensado e investigado las mujeres), el predominio de un propósito para las investigaciones (estar a favor de las mujeres) y la reformulación de lo que consideramos objeto de investigación (situar a quien investiga en el mismo plano crítico que el objeto explícito de estudio). Con respecto a este último punto, la pensadora afirma que la ciencia no es neutral, que se encuentra atravesada por los intereses de quienes investigan, sean conscientes de ello o no. Entonces aparece como necesario que quienes investigan expliciten cuáles son sus intereses en la investigación que están desarrollando, es decir, desde dónde hablan, desde qué rasgos de género, sexo, clase, raza, para de este modo favorecer a la construcción de una *objetividad fuerte* (1993). Esta reflexión sobre cómo incide quien investiga en la investigación, Harding la denomina *reflexividad de la ciencia social* (1998). La teoría del punto de vista (*Standpoint Epistemology*), que Harding comparte con otras pensadoras como Dorothy Smith y Patricia Hill Collins, pone en valor a la experiencia en la construcción del conocimiento (Bach, 2010).

Desde una visión posmodernista, la bióloga y epistemóloga Donna Haraway (1993) critica el universalismo de la ciencia moderna y propone una concepción de conocimiento situado o encarnado. Emplea la metáfora de la “mirada” para señalar cómo la categoría no marcada (la masculina) se ha adjudicado el poder de ver el mundo, de nombrarlo sin explicitar desde dónde lo hace, como si lo hiciera desde un no-lugar. Ha denominado a esta operación *God trick* (truco de dios), operación que convierte al hombre blanco occidental letrado y su mirada en la medida de todas las cosas, en la categoría no marcada, en lo universal. Para Haraway, las mujeres no tenemos que abandonar la ciencia ni la objetividad. Pero no se trata de una objetividad que promete abarcarlo todo y trascender todos los límites (la *objetividad débil*, según Harding, 1993), sino más bien una definida por las corporizaciones particulares y específicas. Sin permitirnos caer en el relativismo, se trata de aceptar la existencia de saberes parciales, situados y críticos y ponerlos a dialogar bajo una perspectiva ética y política.

---

<sup>4</sup> La autora emplea las comillas de distancia, ya que no considera que estas cualidades sean esenciales o naturales de los cuerpos sexuados femeninos, sino que se trata de cualidades adjudicadas en la construcción social del género. Coincido con la autora en este punto, por eso adhiero al empleo de las comillas.



La crítica a las formas hegemónicas y androcéntricas de hacer ciencia llega hasta la raíz del pensamiento científico moderno: la filosofía cartesiana. Descartes establece el pensamiento binario jerárquico que no sólo justifica los requisitos que la ciencia moderna establece para la producción de conocimiento legítimo, sino que valida la superioridad de todo lo considerado masculino sobre lo tomado por femenino. Así, nos encontramos con los dualismos hombre-mujer, razón-emoción, mente-cuerpo, activo-pasivo, cultura-naturaleza, entre otros, que no dejan lugar para grises ni tampoco se admiten como complementarios. Desde el campo de la biología, Anne Fausto-Sterling (2006) elabora una argumentación donde desarma los nudos que implican tres dualismos propios de la cultura euro-americana: sexo / género, naturaleza / crianza y real / construcción. Retomando la propuesta del género como construcción que, desde Simone de Beauvoir hasta Judith Butler, ha dominado el pensamiento feminista del siglo XX, Fausto-Sterling argumenta que la sexualidad es también construcción y que “nuestra concepción del género afecta al conocimiento sobre el sexo producido por los científicos” (2006: 17).

En este duelo a los dualismos<sup>5</sup> se yergue la figura del *cyborg* propuesta por Haraway (1995[1983]), figura compleja y contradictoria, ya que el *cyborg* se presenta como hijo del militarismo y el capitalismo patriarcal y sin embargo se rebela, según argumentación de la autora, contra sus orígenes. El *cyborg* trasciende la frontera entre los humanos y los animales, la brecha entre organismos y máquinas y la línea entre lo físico y lo no físico. En línea con esta figuración, la italiana Rosi Braidotti (2000) propone al sujeto nómade, como “un imperativo epistemológico y político para el pensamiento crítico de fin del milenio” (26). El pensamiento nómade, que caracteriza a este sujeto, es una conciencia crítica “que se resiste a establecerse en los modos socialmente codificados de pensamiento y conducta” (31), que diluye la idea de “centro” y las nociones de sitios originarios o identidades auténticas. Desde el feminismo chicano o de color o de mujeres tercermundistas, Gloria Anzaldúa escribe en 1987 *Borderlands/La Frontera: The New Mestiza* (1987), texto híbrido y mestizo él mismo, ejemplo de escritura y teorización desde el cuerpo (Belausteguigoitia, 2009), a partir del cual se instala en el pensamiento feminista la categoría de frontera y del cruce de fronteras como forma válida de acceso al conocimiento.

Distintas pensadoras de distintas latitudes hacen hincapié en la importancia de ir tramando una genealogía alternativa de saberes, tradiciones y conocimientos desde una mirada feminista. Para rescatar el pensamiento feminista negro, dice Patricia Hill Collins (1990), debemos deconstruir el concepto mismo de *mujer* y el de *intelectual*, para poder abordar discursos de mujeres que no son tenidas como intelectuales en el sentido más tradicional de la palabra. Desde el feminismo decolonial, Yuderkis Espinosa Miñoso (2019) propone hacer una genealogía de las prácticas feministas decoloniales en América Latina, para explorar cómo hemos llegado a ser las feministas que somos. Para esto es necesario hacer de arqueóloga o archivista de discursos, documentos, fuentes y de la propia experiencia. También, en nuestras tierras del Sur, la filósofa feminista Alejandra Ciriza (2015, 2020) convoca a construir nuestras genealogías como gesto político. Nuestras genealogías, dice Alejandra, son múltiples y contradictorias y, en nuestro territorio, aparecen como prácticas de transgresión a la opresión patriarcal, heterosexista, racista,

---

<sup>5</sup> “Duelo a los dualismos” se denomina el capítulo donde Fausto-Sterling desarrolla la argumentación descripta.

imperialista y capitalista. La interseccionalidad de opresiones sostenida por diversas autoras y la crítica a la hegemonía del discurso feminista blanco euronortecentrado son denominadores comunes de los feminismos del margen (negros, decoloniales, poscoloniales, transfeminismos) y se configuran como criterios específicos a la hora de tramar genealogías feministas otras. Desde esta mirada es que la mendocina Mariana Alvarado (2016) propone *pensar-junto-a-otras* pero *no-junto-a-todas* en la construcción de una epistemología feminista latinoamericana.

Capítulo aparte merecería comentar las discusiones acerca del lenguaje que se han dado desde los feminismos, con la intervención de destacadas pensadoras como Giulia Colaizzi, Luce Irigaray, Hélène Cixous, Teresa de Lauretis, entre otras. Sólo haré mención aquí a los esfuerzos de la italiana Patrizia Violi por mostrar y desacreditar el sexismo en el lenguaje en general, más allá del ámbito en que se desenvuelva. En su libro *El infinito singular* (1991), Violi intenta dar respuesta a la pregunta acerca de cómo se manifiesta la diferencia sexual en el lenguaje. Para esta autora, pensar en el lenguaje es fundamental, porque es allí donde se articulan representaciones, subjetividad e ideología, es “el ámbito en el que la subjetividad toma forma y consistencia, desde el momento en que el sujeto solamente se puede expresar dentro del lenguaje y el lenguaje no puede constituirse sin un sujeto que lo haga existir” (12). Pensar en la especificidad del sujeto femenino es inevitablemente pensar en cómo ese sujeto se constituye (o no) en el lenguaje. Como afirma Colaizzi: “hacer feminismo es hacer teoría del discurso” (1990: 20).

Más allá de algunas investigaciones que Violi recopila acerca de usos diferenciados del lenguaje entre hombres y mujeres, ella se pregunta si existe dentro del sistema lingüístico una categoría que represente la diferencia sexual. Es decir, ella quiere saber si la diferencia sexual es sistémica, si la encontramos en la estructura básica del lenguaje con el que hablamos y pensamos. Su respuesta es que así es. El lenguaje no es neutral y no lo es no sólo porque quien habla siempre está presente en su enunciado a través de ciertas marcas, sino porque al hablar inscribe y simboliza en su interior la diferencia sexual, ya jerarquizada y orientada. Esto se hace a través de la categoría de género, que no es sólo gramatical sino principalmente semántica, por lo que sugiere e impone ciertas representaciones de lo femenino. Violi investiga las categorías clasificatorias en los orígenes de varios idiomas, no sólo la de masculino/femenino sino también la de animado/inanimado, y concluye que de distinta forma el género siempre aparece y esto es porque forma parte de las estructuras básicas generadoras de sentido. De este modo, ella defiende la hipótesis de que hay una correspondencia entre categorizaciones lingüísticas y experiencia. En oposición a esto, muchos lingüistas (Meillet, Martinet, Lyons, Sapir) han coincidido en ocultar la diferencia sexual en el lenguaje y en negarle un sentido, afirmando en sus estudios que el género es un mero accidente gramatical.

A la tesis de arbitrariedad que sostienen la lingüística estructural y la funcional, Violi le opone una tesis simbolista: las categorías lingüísticas son el resultado de una inversión semántica previa. La diferencia sexual es una categoría fundadora de la experiencia y de la estructura psíquica, por eso en todas las lenguas se ha dotado a los elementos relevantes de una cultura de simbolizaciones sexuales y se los ha ordenado en parejas de opuestos. Podemos leer allí y en la evolución de la categoría en el tiempo representaciones de lo femenino y de la llegada del patriarcado. Lo femenino se ha construido como género derivado y subalterno a través de dos estrategias: el ocultamiento de la diferencia sexual y

la oposición de la diferencia natural como dualismo (es decir, como términos antagónicos e irreductibles). Lo femenino sólo se caracteriza en cuanto negación o ausencia de lo masculino y sus representaciones están hechas desde el punto de vista de los varones (siempre con un componente sexual, sea sexualidad como uso o sexualidad como valor). Las causas de esto no son lingüísticas. Un dato interesante es que el masculino como genérico aparece recién en el 1600 y se adopta como uso común en 1746. De esto se trata historizar, dice Violi, develar que los procesos lingüísticos son construcciones históricas y no manifestaciones esenciales, naturales o divinas.

### *Apuestas metodológicas e investigativas*

A partir de estos supuestos, algunas pensadoras han explorado cómo llevar a cabo una investigación desde una perspectiva científica feminista. Ya hicimos mención al texto canónico de Sandra Harding (1998) en el cual niega la existencia de un método propiamente feminista (entendiendo “método” como técnica de recopilación de datos), aunque sí defiende que existe una metodología feminista (entendida como teoría y análisis de los procedimientos de investigación). En un epílogo posterior de ese mismo texto, la autora pone en entredicho la supuesta inexistencia de un método feminista y sugiere el propuesto por la teoría del punto de vista. De hecho, la socióloga canadiense Dorothy Smith, una de las pioneras del *Standpoint theory*, afirma, en *El uso del lenguaje del opresor* (1989), que necesitamos una lengua y un método de conocimiento para las mujeres. Como pasos de este método, ella sugiere considerar el sexo de las personas involucradas en la investigación (tanto de quienes investigan como de los sujetos investigados y de quienes se cita), reconocer la existencia de un orador real en el discurso científico (sobre todo identificar que en la mayoría de los casos es hombre y desde una posición de poder) y transformar el lenguaje académico, frío, objetivado, que ella denomina *el lenguaje del opresor*.

Otra pensadora que reflexiona sobre investigación feminista es la filósofa mexicana Eli Bartra (2010). Ella considera que sí existe un método feminista y se pregunta qué parte de la investigación es feminista y revisa el asunto según las tres fases de toda investigación. En la fase investigativa, la visión feminista nos hará priorizar ciertos aspectos sobre otros, nos orientará hacia un marco conceptual específico, incidirá en la definición de los problemas a investigar y hará que privilegiemos ciertos métodos de recolección de datos. La fase de sistematización, prosigue Bartra, será necesariamente distinta, ya que el método feminista pone en cuestión todas las disciplinas construidas de manera androcéntrica. Por último, en la fase expositiva, cuando se procede a exponer los resultados de una investigación, observa Bartra que se han hecho esfuerzos por romper con las formas tradicionales, por ejemplo, frente al discurso objetivo, serio, distante, impersonal, cierto punto de vista feminista ha elegido formas personales, subjetivas, con empleo de metáforas e ironías.

Las investigaciones feministas deben vigilar todas las dimensiones y componentes del proceso de investigación y de las prácticas investigativas que se lleven a cabo, dicho en otras palabras, deben ejercer una minuciosa vigilancia epistemológica para no reproducir aquello que critican. Moira Pérez (2019) realiza un estudio minucioso sobre el concepto de violencia epistémica, que sirve al concepto de vigilancia epistemológica, definiéndola como “las distintas maneras en que la violencia es ejercida en relación con la producción,



circulación y reconocimiento del conocimiento” (82). La califica como un tipo de violencia lenta, erosiva, que ocurre gradualmente y que no es vista como violencia en absoluto. La violencia epistémica es ejemplificada en una investigación de las brasileras Júlia Araujo de Avilar Amancio y Elisabeth Ruano-Ibarra (2020), quienes describen la invisibilidad de la autoría de las mujeres en la bibliografía en los cursos de nivel superior y el silenciamiento de las alumnas en las aulas de la universidad objeto de estudio. Estas autoras hablan de androcentrismo científico para referirse al conjunto de prácticas de marginación de la autoría de las mujeres de los diferentes mecanismos de divulgación científica.

La ética, lo político y lo afectivo atraviesan todas las dimensiones de las prácticas investigativas feministas. Daniela Osorio-Cabrera, Itziar Gandarias y Karina Fulladosa (2021) traen a la reflexión sobre los procesos investigativos la idea de una ética de acompañamiento (como investigadoras acompañan los procesos colectivos, pero también se acompañan entre sí, entre compañeras) y de una ética de transparencia (referida a mostrar la cocina de la investigación, hacer explícitas las decisiones metodológicas, los errores, las idas y vueltas). Hablan de relaciones de cuidado y autocuidado y de honestidad y reciprocidad entre investigadoras y con quienes son investigadxs y se atreven a hablar de la importancia de la Amistad en las prácticas investigativas. Definen a la Amistad como un pensar juntas que se construye en espacios fronterizos entre lo íntimo y lo público. En esta línea, Gandarias (2014) habla de una ética de la incomodidad en las investigaciones feministas y de la importancia de aprender a habitarla. Por último, el pensamiento táctil, tal y como lo define Nadia Martin (2021), también alude al compañerismo y la colaboración entre colegas. Justamente, el pensamiento táctil se trataría de un pensamiento que llega a tocar / afectar al otrx, a los cuerpos, a lo material, y esto se vería reflejado en la escritura (una escritura táctil).

## Re-flexiones de la escritura académica feminista

¿Cómo sería una escritura en la academia que observe la reflexividad en el proceso de investigación o la construcción de verdades situadas y encarnadas? ¿Cómo se vería una lengua nómada, *cyborg*, fronteriza, que alcance con sus tentáculos a tocar a quien lee, a afectar a quien se atreve a escuchar? ¿Se imaginan acaso un texto como un telar lleno de colores y cuentas diversas de todas aquellas que no pudieron hablar o que no fueron escuchadas y ahora al fin, colgado el telar al sol, se empiezan a entramar y entonces el telar abriga? ¿Existe esta escritura?

Como nos enseñan estas epistemologías, esta escritura no es algo a lo que se llegue, sino que es algo en lo que se está andando. De la lectura de un conjunto de publicaciones académicas sobre literatura reunidas en un dossier de la *Revista de Estudios de Género Zona Franca*, identifiqué algunas operaciones discursivas *llamativas* -en los términos de Sylvia Molloy, provocadoras e interpeladoras- que, lejos de ser un capricho de estilo, encuentran su fundamento en las teorías epistemológicas desarrolladas concisamente en el apartado anterior.

*La construcción de una figura autoral situada*

Como hemos visto, una de las nociones centrales de las epistemologías feministas es la inexistencia de verdades universales y la posibilidad, en cambio, de construir saberes situados y parciales. La objetividad que podemos pretender es aquella que se compone gracias a la explicitación del lugar desde donde se habla. Donna Haraway (2021) denomina *testigo modesto* a esa forma discursiva que adquirió el enunciador científico de la ciencia empírica iniciada con los experimentos de Robert Boyle. Una voz que, para enunciar las verdades observadas (“reveladas”), hablaba desde ningún lugar, con la “modestia” de ser simplemente un testigo de hechos objetivos que se presentaban ante el científico gracias a la demostración experimental. Esta concepción filosófica acerca de la realidad de los hechos y epistémica, ya que decide sobre cómo los hechos pueden darse a conocer, se representó en la escritura invisibilizando a quien habla. Sin embargo, lejos de representar un movimiento de modestia, el enunciador científico, despojado de sus características particulares, se adjudica el lugar de dios, de lo universal, de la verdad única. En otras palabras, crea para sí un lugar todopoderoso que encubre la particularidad masculina, blanca, occidental.

Frente a esto, quienes llevan adelante investigaciones feministas, asumen posturas situadas y parciales para responsabilizarse de los saberes que construyen. Esta operación discursiva no se circunscribe a la construcción de una figura enunciativa interna de cada texto, sino que trasciende hacia la figura autoral, considerando la *función autor* como la piensa Michel Foucault (2010), como la manera en que el texto apunta a esa figura que le es exterior y anterior –el autor o autora de carne y hueso–, y que puede leerse como un conjunto de operaciones discursivas compartidas en todos los textos que componen su obra. Para construir esta figura autoral situada, quienes escriben en la academia emplean diferentes recursos.

La decisión entre las formas impersonales y la asunción de la voz enunciativa en primera persona gramatical coincidente resulta fundamental en esta puja entre una concepción de la ciencia como reveladora de verdades universales y una ciencia que construye saberes múltiples y a veces contradictorios desde distintas perspectivas. Es necesario decir que el desplazamiento de las formas impersonales a las formas personales no es exclusivo del pensamiento feminista en la academia y que es un corrimiento que se viene observando en las últimas décadas en las ciencias sociales y humanas en general. En el corpus analizado para esta investigación, encontramos mucha presencia autoral a través de la decisión por las formas personales. Cito como ejemplo: “En este trabajo *me propongo* analizar la diferencia sexual en las historias de la literatura argentina” (Charrúa, 2020: 456) (itálicas propias). Así comienza el resumen del artículo de Clara Charrúa, uno de los textos analizados. Es notable la aparición de la primera persona gramatical justamente allí, porque el resumen de un *paper* es un espacio paratextual considerado de riesgo para transgredir la norma escrituraria, ya que se presenta como vidriera tanto del artículo como de la imagen autoral. Aun así, la autora elige la forma personal.

Otra forma de construir presencia autoral en el texto es a través del uso de la primera persona gramatical no coincidente, es decir, el empleo de la primera persona plural en casos de autoría individual. Esto es utilizado por la figura autoral como una forma de incluirse en un colectivo, ya sea en la humanidad entera o en el género femenino en particular (o en un grupo más específico). Por ejemplo: “Es una novela para tararear; una que, de alguna manera, *sabemos todas y todos*” (Punte, 2020: 409) (itálicas propias).

O: “Para poder empezar a pensar *nuestras propias tretas del débil* con los elementos que disponemos de la crítica y del canon epistémico...” (Charrúa, 2020: 469) (itálicas propias). A través de este procedimiento, se deslizan algunas marcas que construyen la posición desde donde habla la figura autoral: su género (mujer), su ideología (feminista), su profesión (investigadora).

### *El entramado de una intertextualidad feminista en función genealógica*

Recuperar las voces de mujeres olvidadas, restituir las mujeres a la ciencia y la ciencia a las mujeres, habilitar a las mujeres y disidencias para producir conocimiento válido y valioso, reconstruir las genealogías feministas fragmentadas y dispersas, forma parte de todas las agendas de las epistemologías feministas. Ahora bien, ¿cómo aparece esto en la escritura académica? ¿Cómo se manifiestan las relaciones de intertextualidad entre el texto que cita y las voces citadas? ¿En qué sentido estas relaciones pueden aportar a la construcción de una genealogía intelectual feminista?

En primer lugar, en los textos analizados se observa una predominancia de autoras mujeres y feministas para la construcción del aparato teórico a partir del cual se realiza la investigación. Esto se identifica tanto en el cuerpo del texto como en las referencias bibliográficas, conformadas en un 70% aproximadamente por nombres de autoras mujeres. Asimismo, es posible identificar una selección de voces externas a la academia (periodistas, militantes, escritoras) que son citadas como voces de autoridad portadoras de un saber valioso, tal es el caso, por citar un ejemplo, del texto de Cabezas y Penacini en el que referencian a “Cecilia Estalles (2018), fotógrafa e integrante del equipo de trabajo del AMT [Archivo de Memoria Trans]” (2020: 374). Estas decisiones, tanto del orden de lo retórico como de lo metodológico, son coherentes con lo que propone Harding al puntualizar que un componente de la metodología feminista es la aparición de nuevos recursos empíricos y *teóricos*. No se trata sólo de estudiar la vida de las mujeres o la literatura de las mujeres (y disidencias), sino también hacerlo desde aparatos teóricos contruidos por mujeres (y por disidencias). Además, en consonancia con lo que propone Hill Collins, es necesario revisar lo que entendemos por *intelectual* o por sujetx legitimadx para el conocimiento y para ser autoridad en el saber. Bucear por fuera de la academia para dialogar con saberes históricamente y sistemáticamente marginados es una decisión que parte de los supuestos de las corrientes epistemológicas feministas que nos interesan.

Interesa pensar en qué voces son citadas, pero también en cómo se convoca a estas voces al propio texto. Un procedimiento que rescato de los textos analizados es el énfasis en visibilizar que la autora citada es una mujer y esto se realiza a través de dos recursos. Por un lado, se escribe el nombre propio de la autora junto al apellido al mencionarla por primera vez en el cuerpo del texto y en las referencias bibliográficas, a diferencia de lo que suele ocurrir en la escritura académica más impersonal, que sólo se citan apellidos e iniciales del nombre. Para esto, es necesario que las citas sean integradas (menos de 40 palabras) o destacadas (más de 40 palabras), de modo que pueda citarse el nombre completo de la autora junto al verbo de decir<sup>6</sup>. Con respecto a las referencias bibliográficas,

---

<sup>6</sup> En las citas de parafraseo o de apoyo, la normativa de APA séptima edición nos obliga a colocar sólo el apellido entre paréntesis (ver Hyland, 1999 para tipos de citas).

es la propia revista *Zona Franca* la que solicita en este caso el nombre completo de las personas citadas<sup>7</sup>, a diferencia de lo que suele acostumbrarse (sólo la inicial). Por otro lado, otro recurso para visibilizar el género de las autoras citadas es la elección de sustantivos o adjetivos en femenino como mecanismo de cohesión para recuperar referencia (para no repetir de manera redundante el nombre propio de la persona citada). Ejemplos de esto son: “los intereses de estos sectores dominantes que menciona *la autora*” (Charrúa, 2020: 460); “Para profundizar sobre estas cuestiones, es preciso retomar el trabajo de *esta autora*” (Charrúa, 2020: 460); “*La autora* sostiene que es necesario cuestionar...” (Charrúa, 2020: 462) (itálicas propias en todos los ejemplos). En los ejemplos encontrados sólo se emplea el sustantivo “autora”, pero pueden buscarse otras opciones cuasi-sinónimas: *pensadora*, *filósofa*, *investigadora*, *teórica*, entre otras.

Otro procedimiento observado en los artículos leídos, vinculado al anterior pero más radical, es lo que voy a llamar corporización de las voces citadas, esto es, darles un cuerpo, reponer información no sólo acerca de su género, sino sobre su sexualidad, su corporalidad, su cultura, su procedencia geopolítica, su ideología, su disciplina, entre otras marcas identitarias. Por ejemplo: “es la *filósofa* Judith Butler quien ahonda en la condición...” (Punte, 2020: 394) (itálicas propias). Otro ejemplo, un poco más extenso, lo encontramos en el artículo de Tania Diz (2020):

Mayer estaba ligada a los círculos intelectuales. Era de origen alemán, pero vivió en Perú y, a través del periodismo, defendió no sólo los derechos de las mujeres, sino, también, de los indígenas y de los obreros. No casualmente desde Perú, ella relaciona al feminismo con el indigenismo y el socialismo (351).

También, contextualizar el momento en que se pronuncia el discurso citado es otra forma de darles cuerpo a las voces citadas, de que las personas retornen a los textos, como decía Dorothy Smith (1989). En el ya citado artículo de Cabezas y Penacini (2020) sobre archivo trans, leemos:

“Creo que las travestis tenemos una historia para contar y para hacer. Es decir, experiencias en primera persona para contraponer a los discursos que han circulado sobre nosotras”, apunta Lohana Berkins (2006) *en un Congreso de Historia de las mujeres y Estudios de género realizado en la ciudad de Córdoba*. (370) (itálicas propias)

Por último, agregamos a los procedimientos descriptos la puesta en valor de las voces citadas, a través de las citas directas, por el lugar donde aparece la mención o por medio de valoraciones explícitas. La cita directa o literal, sea de manera integrada o destacada, sugiere que cada palabra del discurso ajeno importa. Con respecto al lugar donde aparece la voz citada en el texto citante, se destaca en los artículos analizados el

<sup>7</sup> Ver *Directrices de Autores/as* en <https://zonafranca.unr.edu.ar/index.php/ZonaFranca/about/submissions> (consultado 1 de agosto de 2024).

uso del espacio del epígrafe para resaltar la palabra de una autora mujer o disidente y que funcione como clave de lectura de todo el texto. Finalmente, un ejemplo de una valoración explícita puede ser: “Para profundizar sobre estas cuestiones, es preciso retomar el trabajo de esta autora...” (Charrúa, 2020: 460). En el ejemplo, observamos cómo se enuncia como necesario el estudio de lo dicho por la autora en cuestión, adjudicándole de esta forma valor.

### *Exploración de una escritura nómade*

La crítica a las pretensiones de universalidad, neutralidad y objetividad de la ciencia moderna que realizan las epistemologías feministas llega también a poner en cuestión al lenguaje frío, impersonal y excesivamente abstracto que se erige como tecnología de escritura de la ciencia tradicional. Estas epistemologías habilitan el ingreso al texto científico de lo que históricamente ha quedado afuera: la experiencia, los mundos vivos, las emociones, la poesía, la ambigüedad, la contradicción. Cómo estos elementos ingresan a la escritura y cómo la escritura científica-académica se ve transformada por estos movimientos es algo que exploran los textos que conforman el corpus de estudio.

Emparentado con el *cyborg* de Haraway y la mestiza de Anzaldúa, Braidotti (2000) construye la figuración del sujeto nómade, cuyo pensamiento o forma de pensar provoca un tipo específico de escritura: la escritura nómade. Dice Braidotti:

La escritura políglota, nómade, desprecia la comunicación dominante; el embotellamiento de significaciones que se agolpan esperando ser admitidas a las puertas de la ciudad crea esa forma de contaminación que se conoce como “sentido común”. La escritura nómade, en cambio, anhela el desierto, las zonas de silencio que se extienden entre las cacofonías oficiales, en un flirteo con una no pertenencia y una condición de extranjería radicales (2000: 48).

Este tipo de escritura se caracteriza por la mezcla de voces o modos de habla, por el deliberado entrecruzamiento entre el modo teórico y el modo poético y por cultivar una forma saludable de desdén por las convenciones académicas e intelectuales excluyentes. Para Braidotti, escribir es ser políglota en la propia lengua materna, esto es, lograr desarticular la naturaleza sedentaria de las palabras, buscar otras formas de expresar esa porción de deseo que nunca alcanza el lenguaje, ningún lenguaje. Esta pensadora se opone firmemente a la división entre los discursos *logos-intensivos* (la filosofía) y los discursos *pathos-intensivos* (la literatura) en la escritura del conocimiento. Afirma: “Yo prefiero ficcionalizar mis teorías, teorizar mis ficciones y practicar la filosofía como una forma de creatividad conceptual” (2000: 79).

Los textos analizados en el corpus, si bien se presentan como artículos de investigación o *papers*, no siguen el formato “sugerido” (IMRD, Introducción, Métodos, Resultados y Discusión) –más que nada en ciencias exactas-, adhiriendo a una tendencia observable en los últimos años en las ciencias humanas de escribir publicaciones de modo ensayístico. El ensayo, como género textual, se caracteriza por una gran plasticidad en cuanto a estructura, lenguaje, formas de construir la figura autoral, estrategias discursivas,



cruces con otros géneros (narrativo, autobiográfico, poético, científico) y extensión. Lo que tienen en común todos los ensayos es que desarrollan una secuencia argumentativa a través de la cual buscan *ensayar* un saber, una postura, una mirada sobre el mundo. Parece un género más adecuado para una concepción del conocimiento que no se pretende universal ni neutral ni objetiva y un campo fértil para explorar una escritura nómade. Es así que en los textos leídos encontramos una estructura que se distancia del formato IMRD, observamos una fuerte presencia autoral (primera persona gramatical, marcadores de actitud y de punto de vista) que deriva en tomas de postura éticas y políticas bien claras y un uso del lenguaje que se desvía de lo considerado “académico”.

En cuanto al lenguaje, observamos *interrucciones*<sup>8</sup> al registro académico que nos despiertan del adormecimiento del lenguaje higiénico<sup>9</sup>. Es el caso de la intromisión de términos del lenguaje coloquial y, sobre todo, de la jerga militante feminista. Por ejemplo: “Este presente en el que las *pibas* ya están en la calle, con todo lo que eso significa, es elocuente” (Punte, 2020: 390) (itálicas propias). El empleo del término *pibas* no está en este caso marcado con otro tipo de letra o con comillas, lo cual significaría una distancia por parte de la investigadora, sino que está integrado a la lengua académica que se emplea. Otra forma de desvío o *interrucción* es la aparición de neologismos o invención de palabras en una clara muestra de las carencias del lenguaje para representar la experiencia. Un ejemplo de esto es la categoría que Cabezas y Penacini (2020) toman prestada de Néstor Perlongher para definir un movimiento literario neobarroco *cuir*: el *neobarroso* (379); y el término que las autoras mismas se aventuran a proponer para caracterizar el realismo mágico de la novela *Las Malas* de Camila Sosa Villada: el realismo *marabriloso* (379).

Por último, observamos en los textos leídos el esfuerzo por explorar otras formas de decir y para esto se echa mano a los recursos del lenguaje poético para estrujar al lenguaje y obligarlo a decir de otro modo, porque decir de otro modo es también decir otra cosa. Leemos, por ejemplo: “Textos que se despliegan como una serpentina de postales” (Punte, 2020: 391); “De manera literal: funcionan como un flash que nos distrae e impide la mirada (Punte, 2020: 393); “El río a la vera del cual se sientan todas estas poetisas parece ser el mismo” (García, 2020: 443). Vemos en los ejemplos el uso de comparaciones y metáforas originales que buscan decir de otro modo para pensar de otro modo el objeto de estudio. La metáfora es empleada en su potencialidad epistémica.<sup>10</sup>

<sup>8</sup> valeria flores, maestra pensadora lesbiana argentina, propone este neologismo o término desviado para designar el desvío mismo. Define: “modo poético de cortar una conversación a la que no fuiste invitadx pero de la que se es objeto de su dicción. [...] práctica política de desmontar las convenciones de lo escuchable. indisciplina de un saber que irrumpe en las coordenadas del corpus hegemónico del conocimiento [...] deseo de molestar todo universo jerárquico de creencias. inversión de la mirada, giro del habla” (2017: 3). [minúsculas en el original]

<sup>9</sup> Denomino lenguaje higiénico a aquel que se adapta a la costumbre y a la norma, aquel que pasa desapercibido, que hace como si no existiera, como si fuera simple medio y no constructor de realidades.

<sup>10</sup> Para profundizar sobre la potencialidad epistémica de las metáforas y del lenguaje poético, véase Evelyn Fox Keller (2000).

*Cuestionamiento del androcentrismo lingüístico*

Otra de las operaciones discursivas llamativas que leemos en los textos académicos estudiados es el cuestionamiento del androcentrismo que caracteriza a las estructuras elementales de nuestra lengua y que trasciende el ámbito académico. Sin embargo, la diferencia sexual binaria y jerarquizada que se representa en el lenguaje se desplaza hacia todos los ámbitos de la realidad (incluso el ámbito de construcción del conocimiento), ya que a la realidad accedemos a través del lenguaje, con las herramientas, valiosas, pero a la vez limitadas, de que cada lengua dispone. Por lo que el androcentrismo lingüístico se traduce en los textos académicos en androcentrismo científico, cuestión que han intentado abordar de una u otra forma todas las autoras de los textos del corpus.

Retomando a Violi (1991), dijimos que lo femenino se ha construido como género derivado y subalterno a través del ocultamiento de la diferencia sexual y de la oposición de la diferencia natural como dualismo. En las últimas décadas, se han hecho importantes esfuerzos en nuestra lengua por pensar en versiones/desvíos/flexiones para evitar el masculino genérico y a esto se lo ha denominado lenguaje inclusivo. Muchas universidades públicas de Argentina han debatido con respecto a su uso en el ámbito académico, han aceptado su empleo y han creado guías y manuales para facilitar su utilización. En general, lo que más suele aparecer, sobre todo en las tesis de grado y posgrado, es un intento de evitar el masculino genérico a través de los recursos con los que ya cuenta la lengua (Martínez, 2021). Pero bien sabemos que existen otros desvíos más llamativos, como el uso de la *e*, la *x* o la *@*, incluso también el *\** o la ausencia total de letra o símbolo y el desdoblamiento (*a/o*) o tripartición (*a/o/e*).

En los artículos del corpus, observamos que todas las autoras han evitado el masculino genérico a través de los mecanismos que provee la lengua (por medio del uso de sustantivos genéricos, neutros o abstractos y el empleo de pronombres relativos en construcciones subordinadas), pero también han seleccionado alguna forma de lenguaje inclusivo, a pesar de que no se solicitaba de ese modo en la revista. En cuatro artículos se elige el inclusivo con *x* y en dos se opta por el desdoblamiento. Ejemplos de este último son: “sabemos todas y todos” (Punte, 2020: 409) y “la reconstrucción de un archivo de autor y de autora” (Charrúa, 2020: 469). También aparece, como otro desvío o *interruqción*, el empleo del femenino en sustantivos considerados por la norma como de masculino genérico, tal es el caso del siguiente ejemplo: “la modernidad porteña acogía como *sujetas* políticas a las escritoras que...” (Charrúa, 2020: 460) (itálicas propias). Estas re-flexiones al lenguaje en clave de género o, más vale, en clave feminista, sirven para llamar la atención, para molestar, para mantener al lenguaje vivo y evitar el automatismo, pero también para visibilizar lo femenino en el lenguaje y lograr la ansiada equidad en la representación.

Finalmente, también el cuestionamiento puede aparecer de forma explícita, como en el siguiente ejemplo:

A primera vista, hablar de “escritoras mujeres” parece ser redundante ya que si alguien dice “escritoras”, por cómo funciona nuestro sistema nominal, se desprende que son mujeres o, mejor dicho, identidades entendidas y asociadas socialmente como pertenecientes al género femenino (Charrúa, 2020: 457-458).

Observamos en las investigadoras feministas una vigilancia y una desconfianza permanentes hacia el lenguaje, que las hace explorar, crear y justificar opciones retóricas que se alejan de lo acostumbrado en el lenguaje académico.

## Cierre

Este recorrido comenzó con una invitación de Sylvia Molloy: a realizar lecturas llamativas de los textos culturales latinoamericanos a partir del género. Invertimos la apuesta y me propuse pensar en cuáles son las formas de escritura llamativas que aparecen en la crítica literaria académica cuando miramos a partir del género, o mejor, desde investigaciones feministas. Sugiero que estas re-flexiones de la escritura académica feminista no son un capricho de estilo, sino que hunden sus raíces en los postulados de las epistemologías feministas, es decir, que están en estrecha vinculación con los modos de concebir la práctica científica, los saberes, las personas habilitadas para producir conocimiento, entre otras cuestiones, que sostienen los feminismos.

Entonces, comenzamos haciendo un rastreo por estos supuestos epistemológicos y nos detuvimos en aquellos en que se patentiza una vinculación con alguna de estas formas llamativas de escritura: la idea de saberes situados o conocimiento encarnado, la urgencia por entramar una genealogía intelectual feminista y visibilizar la autoría de mujeres en la academia, la existencia de un pensamiento nómade que se posicione frente a visiones dualistas y falocéntricas y habilite el corrimiento de la norma y la crítica al androcentrismo lingüístico. Si bien realizamos un vínculo directo de una idea con una flexión de escritura, es posible ver en el desarrollo de la argumentación que se trata más vale de un entramado coherente y significativo en donde las flechas o los hilos se entrelazan unos con otros y todo el entramado habilita esta nueva tecnología de escritura (académica feminista) compuesta de los diversos procedimientos desarrollados aquí sin pretensiones de exhaustividad.

Luego entonces analizamos un corpus de artículos académicos producidos a partir de investigaciones feministas y observamos ciertos corrimientos o *interrupciones* de escritura que leímos en consonancia con las ideas de las epistemologías feministas. Uno de ellos es la construcción de una figura autoral situada a través del empleo de la primera persona gramatical coincidente, pero también de la primera persona no coincidente, ya que funciona para incluir a la figura autoral en un colectivo con ciertas marcas (de género, raza, cultura, etc.) y colaborar de este modo con la explicitación del lugar desde el cual habla.

Otra operación descripta es el entramado de una intertextualidad feminista en función genealógica que se lleva a cabo a través de la selección predominante de autoras mujeres y disidencias para el aparato teórico e incluso de personas externas a la academia. Así como es importante citar a autoras mujeres, también lo es visibilizar su género tanto en el cuerpo del texto como en las referencias y esto se realiza con el nombre completo de la persona citada y con los modos en que recuperamos su referencia en el cuerpo del texto. También resulta interesante que esas voces citadas sean corporizadas, es decir, situadas a través de la reposición de información y ubicadas desde una contextualización del momento de producción del discurso. Por último, se observa una puesta en valor de las voces que se citan, ya sea a través de la cantidad y del modo en que se citan o por medio de valoraciones explícitas.

Luego, reflexionamos sobre otra flexión llamativa de esta escritura que denominamos exploración de una escritura nómada, en alusión a la propuesta teórica de Rosi Braidotti. En este apartado, vimos cómo las publicaciones analizadas se asemejan más a ensayos que a *papers* y cómo se cuelan a modo de *interrucciones* palabras y frases impropias del registro académico, como términos coloquiales o de la jerga militante feminista y neologismos. Observamos también cómo las autoras echan mano de los recursos poéticos para hacerle decir al lenguaje algo más de lo que dice, en el intento por transformar la herramienta misma del conocimiento para producir otros conocimientos y otros modos de conocer.

La última operación llamativa desarrollada es el cuestionamiento al androcentrismo lingüístico que, si bien es un tema del lenguaje en general, éste repercute en los textos académicos y las autoras toman decisiones retóricas con respecto a este tema. Todos los textos evitan el masculino genérico, pero lo hacen de distinta manera. Dentro de las opciones existentes de lenguaje inclusivo (llamativas todas ellas, interpeladoras y provocadoras), algunas autoras eligen el desdoblamiento y otras el inclusivo con x. También observamos como otro desvío el empleo del femenino en sustantivos considerados por la norma como de masculino genérico y cuestionamientos explícitos al androcentrismo lingüístico. Todo esto habla de una vigilancia y una sospecha permanente al lenguaje de parte de las investigadoras feministas.

## Referencias bibliográficas

- Alvarado, M. (2016). Epistemologías feministas latinoamericanas: un cruce en el *camino junto-a-otras pero no-junto-a-todas*. *Religación. Revista de Ciencias Sociales y Humanidades*, 1(3), 9-32. <https://ri.conicet.gov.ar/handle/11336/43837>
- Anzaldúa, G. (1987). *Borderlands / La Frontera. La Nueva Mestiza*. España: Capitán Swing Libros S. L.
- Araujo de Avilar Amancio, J. y Ruano-Ibarra, E. (2020). Participação-autoria e coordenação-liderança feminina nas reuniões anuais da Associação Nacional de Pós-Graduação e Pesquisa em Ciências Sociais (Anpocs). *Millcayac. Revista digital de ciencias sociales*, 6(11), 31-62. <https://revistas.uncu.edu.ar/ojs3/index.php/millca-digital/article/view/2243/1626>
- Bach, A. M. (2010). *Las voces de la experiencia. El viraje de la filosofía feminista*. Buenos Aires: Editorial Biblos.
- Bartra, E. (2010). Acerca de la investigación y la metodología feminista. En N. Blazquez Graf, F. Flores Palacios y M. Ríos Everardo (Comps.), *Investigación feminista: epistemología, metodología y representaciones sociales* (pp. 67-77). México: Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades, UNAM.

- Belausteguigoitia, M. (2009). Borderlands/La Frontera: el feminismo chicano de Gloria Anzaldúa desde las fronteras geoculturales, disciplinarias y pedagógicas. *Revista Debate Feminista*, 40, 149-169. <https://www.jstor.org/stable/42625120>
- Braidotti, R. (2000). *Sujetos nómades. Corporización y diferencia sexual en la teoría feminista contemporánea*. Barcelona: Paidós.
- Cangiano, M. C. y Du Bois, L. (1993). Estudio preliminar. En *De mujer a género. Teoría, interpretación y práctica feminista en las ciencias sociales* (pp. 7-16). Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.
- Ciriza, A. (2015). Construir genealogías feministas desde el Sur: encrucijadas y tensiones. *MILLCAYAC Revista Digital de Ciencias Sociales*, 2(3), 83-104. <https://revistas.uncu.edu.ar/ojs/index.php/millca-digital/article/view/523>
- Ciriza, A. (2020). Tramar/urdir/anudar genealogías feministas situadas. Los desafíos del espacio y el tiempo. *Revista La Aljaba segunda época*, 24, 145-157. <https://cerac.unlpam.edu.ar/index.php/aljaba/article/view/4687>
- Colaizzi, G. (1990). Feminismo y Teoría del Discurso. Razones para un debate. En Giulia Colaizzi (Ed.), *Feminismo y Teoría del Discurso* (pp. 13-25). Madrid: Cátedra.
- Espinosa Miñoso, Y. (2019). Hacer genealogía de la experiencia: el método hacia una crítica a la colonialidad de la Razón feminista desde la experiencia histórica en América Latina. *Revista Direito Práx*, 10(3), 2007-2032. <https://doi.org/10.1590/2179-8966/2019/43881>
- Fausto-Sterling, A. (2006). *Cuerpos sexuados. La política de género y la construcción de la sexualidad*. España: Editorial Melusina.
- Fox Keller, E. (2000). *Lenguaje y vida. Metáforas de la biología en el siglo XX*. Buenos Aires: Ediciones Manantial S. R. L.
- Foucault, M. (2010). ¿Qué es un autor? Córdoba: Ediciones literales.
- Gandarias Goikoetxea, I. (2014). Habitar las incomodidades en investigaciones feministas y activistas desde una práctica reflexiva. *Athenea Digital*, 14(4), 289-304. <http://dx.doi.org/10.5565/rev/athenea.1489>
- Haraway, D. (1993). Saberes situados: el problema de la ciencia en el feminismo y el privilegio de una perspectiva parcial. En M. C. Cangiano y L. Du Bois (Comps.), *De mujer a género. Teoría, interpretación y práctica feminista en las ciencias sociales* (pp. 115-144). Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.



- Haraway, D. (1995). Capítulo 6: Manifiesto para *cyborgs*: ciencia, tecnología y feminismo socialista a finales del siglo XX. En D. Haraway, *Ciencia, cyborgs y mujeres. La reinvención de la naturaleza* (pp. 251-311). Madrid: Ediciones Cátedra.
- Haraway, D. (2003). *The Companion Species Manifesto: Dogs, People, and Significant Otherness*. Cambridge: Prickly Paradigm Press.
- Haraway, D. (2021). *Testigo\_Modesto@Segundo\_Milenio. HombreHembra@\_Conoce\_Oncorata* ©. *Feminismo y tecnociencia*. Buenos Aires: Rara Avis Editorial.
- Harding, S. (1993). Rethinking Standpoint Epistemology: What is “Strong Objectivity”? En Linda Alcoff y Elizabeth Potter (Eds.), *Feminist Epistemologies* (pp. 49-82). Routledge.
- Harding, S. (1998). ¿Existe un método feminista? En Eli Bartra (Comp.), *Debates en torno a una metodología feminista* (pp. 9-34). México: Universidad Autónoma Metropolitana.
- Hill Collins, P. (1990). La política del pensamiento negro. Traducción de Leticia Tatinclaux. <https://es.scribd.com/document/360182044/02058095-Collins-La-Politica-Del-Pensamiento-Feminista-Negro>
- Hyland, K. (1999). Academic attribution: citation and the construction of disciplinary knowledge. *Applied Linguistics*, 20(3), 341–367. <https://doi.org/10.1093/applin/20.3.341>
- Maffía, D. (2007). Epistemología feminista: la subversión semiótica de las mujeres en la ciencia. *Revista venezolana de estudios de la mujer*, 12(28), 63-98. [http://www.scielo.org.ve/scielo.php?script=sci\\_arttext&pid=S1316-37012007000100005&lng=en&nrm=iso&tlng=es](http://www.scielo.org.ve/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1316-37012007000100005&lng=en&nrm=iso&tlng=es)
- Martin, N. (2021). El pensamiento táctil como encuentro entre el corpus de análisis y el cuerpo del escrito: aportes de Donna Haraway desde el feminismo posthumano. *Telar*, 26, 33-53. <http://revistatarlar.ct.unt.edu.ar/index.php/revistatarlar/article/view/522/530>
- Martínez, A. (2021). La introducción del lenguaje inclusivo en la escritura académica: un nuevo desafío. En C. Jiménez Yáñez y R. Macinas Chávez (Coords.), *Escritura Académica con Perspectiva de Género. Propuestas desde la comunicación científica* (pp. 75-90). Sevilla: Universidad Autónoma de Baja California. Editorial Universidad de Sevilla.
- Molloy, S. (2002). La flexión del género en el texto cultural latinoamericano. *Cuadernos de Literatura*, 8(15), 161-167. <https://revistas.javeriana.edu.co/index.php/cualit/article/view/7997>

- Osorio-Cabrera, D.; Gandarias, I. y Fulladosa, K. (2021). Consideraciones ético-político-afectivas en investigaciones feministas: articulaciones situadas entre academia y activismo. *EMPIRIA. Revista de Metodología de Ciencias Sociales*, 50, 43-66. DOI/empiria.50.2021.30371
- Pérez, M. (2019). Violencia epistémica: reflexiones entre lo invisible y lo ignorable. *El lugar sin límites, Revista de Estudios y políticas de género*, 1, 81-98. <https://revistas.untref.edu.ar/index.php/ellugar/article/view/288/267>
- Smith, D. (1989). *El mundo silenciado de las mujeres*. México: Programa Cooperativo Centro de Investigación y Desarrollo de la Educación (CIDE).
- Valles, M. (1999). *Técnicas cualitativas de investigación social. Reflexión metodológica y práctica profesional*. Madrid: Síntesis.
- Verón, E. (1993). *La semiosis social. Fragmentos de una teoría de la discursividad*. Buenos Aires: Editorial Gedisa.
- Violi, P. (1991). *El infinito singular*. Madrid: Cátedra.

## Corpus de artículos

- Vicens, M. (2020). Itinerarios de literatura y deseo: la maestra de provincia en la Argentina del poscentenario. *Zona Franca. Revista del Centro de estudios Interdisciplinario sobre las Mujeres, y de la Maestría poder y sociedad desde la problemática de Género*, 28, 309-336.
- Szaszak Bongartz, U. (2020). Cartografías subjetivas en las novelas *La mujer desnuda* (1950) y *Viaje al corazón del día* (1986) de Armonía Somers (1914-1994). *Zona Franca. Revista del Centro de estudios Interdisciplinario sobre las Mujeres, y de la Maestría poder y sociedad desde la problemática de Género*, 28, 412-435.
- Punte, M. J. (2020). Yo, cinemática: Cecilia Szperling y sus viñetas de infancia. *Zona Franca. Revista del Centro de estudios Interdisciplinario sobre las Mujeres, y de la Maestría poder y sociedad desde la problemática de Género*, 28, 387-411.
- García, L. (2020). Crear familia: Diana Bellessi y la traducción. *Zona Franca. Revista del Centro de estudios Interdisciplinario sobre las Mujeres, y de la Maestría poder y sociedad desde la problemática de Género*, 28, 436-455.
- Diz, T. (2020). Extraña pareja. Asedios al binarismo en los relatos periodísticos de Alfonsina Storni y Roberto Arlt. *Zona Franca. Revista del Centro de estudios Interdisciplinario sobre las Mujeres, y de la Maestría poder y sociedad desde la problemática de Género*, 28, 337-364.

- Charrúa, C. (2020). Escritoras, entre el canon y el cupo: un breve recorrido por las historias de la literatura argentina. *Zona Franca. Revista del Centro de estudios Interdisciplinario sobre las Mujeres, y de la Maestría poder y sociedad desde la problemática de Género*, 28, 456-482.
- Cabezas, L. y Penacini, C. (2020). Archivo transfeminista, poéticas y experiencias sensibles. *Zona Franca. Revista del Centro de estudios Interdisciplinario sobre las Mujeres, y de la Maestría poder y sociedad desde la problemática de Género*, 28, 365-386.